

MARINA PINA

Pilar y Margarita

Las hermanas del rey Juan Carlos

la esfera  de los libros

Prólogo

La figura de la infanta parece tener cada vez menos sentido en el mundo moderno. Son miembros de las familias reales europeas, sin asignación ni labores definidas, pero con obligaciones solo por ser hijas de reyes. En el caso de Pilar y Margarita, su encaje en la historia de España resultó mucho más complicado. Eran hijas del conde de Barcelona y, por mucho que los monárquicos las consideraron infantas, don Juan Carlos no les otorgó ese rango hasta 1985, cuando sancionó un decreto en el que por fin adquirieron el rango de infantas de España.

Doña Pilar y doña Margarita fueron educadas en el amor y el servicio a España, pero no conocieron su patria hasta bien entrada la madurez. Doña Margarita tuvo un primer contacto con nuestro país a los diecisiete años, cuando fue a un internado dos años para estudiar puericultura, tras la muerte del infante don Alfonso. Su hermana, doña Pilar, no se instaló en el país hasta los treinta años, tras casarse con Luis Gómez-Acebo. Ambas descubrieron que España era muy distinta a aquella que le pintaban a don Juan sus consejeros.

Una vez casadas y establecidas en España, las hermanas vivieron primero en medio del enfrentamiento entre su padre y don Juan Carlos por la manera de restaurar la monarquía. Después permanecieron en una especie de limbo. No tenían ninguna obligación legal, tampoco les correspondía asignación y habían renunciado a sus derechos para casarse; sin embargo, acudían a actos de representación en sustitución de su hermano.

Su lealtad a la Corona es algo indiscutible, y el paso de los años ha demostrado que son dos personajes discretos y educados para no dar escándalos. Han sido las últimas infantas concebidas según el imaginario popular como se suponía que debían ser, reflejo de sus tías, Baby y Crista, hijas de Alfonso XIII.

Con la muerte de doña Pilar parece haber terminado también una manera de entender la lealtad a España y a la Corona. Tras su fallecimiento, la familia parece haber sucumbido. Don Juan Carlos se marchó a Abu Dabi y su hermana Margarita vive de manera discreta en su casa de la calle Jorge Juan de Madrid, en un semi retiro público, acompañada por su marido y sus dos hijos.

Este libro intenta contar parte de sus vidas, tan condicionadas por la actualidad política del momento. Y también trata de esclarecer la figura de esas infantas de España, cuyo papel no heredaron Elena y Cristina, pero sí la joven Sofía, que parece recoger el testigo, pues por ley no podrá trabajar y estará, como Pilar y Margarita, al servicio del país.

«El día que yo me vaya
estarán todos conmigo»

El ruido de las cortinas al correrse despertó a doña María. Un rayo de sol entró por la ventana, llenando la habitación y deslumbrando sus ojos, que ese día estaban más azules que verdes, casi fundidos con el océano Atlántico. Una asistente acomodó las almohadas de su cama y colocó una bandeja con el desayuno delante de ella. «¿Hay alguien más despierto?», preguntó. No tardó mucho en responder a su pregunta, pues, aunque estaba un poco mal del oído, había tanta gente en la casa que era imposible no saber que en la pared de al lado los nietos más madrugadores, los que tenían hijos, ya estaban desayunando.

Pronto entró Pilar. «Esta hija mía, cada vez que llega a una habitación se entera todo el mundo», pensó la condesa de Barcelona. No le faltaba razón, pues su primogénita había heredado la energía del padre y el tamaño de los Borbones. Ya estaba arreglada, aunque vestía ropa cómoda. Se acercó a su madre y le dio un beso en la mejilla. «¿Cómo has dormido hoy, mamá?». Doña María dedicó a su hija, como siempre, el signo de la cruz en la frente en señal de saludo y bendición.

Era el segundo día del nuevo siglo. La familia de la condesa de Barcelona se había trasladado a Lanzarote para recibir el año nuevo. Fue idea de doña María, quien le sugirió al rey Juan Carlos que se marcharan a la isla, al palacio de La Mareta, para pasar un tiempo juntos. Allí se habían refugiado en la Semana Santa de 1993 tras la muerte del conde de Barcelona, y a su viuda le pareció que era el momento de volver y estar en familia. Habían pasado siete años y por cuestiones de logística no había logrado que sus tres hijos y sus diez nietos coincidieran de nuevo, pues siempre había alguno de viaje o con compromisos. Pero esa Nochevieja se organizaron para cumplir el deseo de la abuela.

La infanta doña Pilar se llevó a sus cinco hijos y a sus dos nietos, los vástagos que había tenido Simoneta, que viajaba a punto de tener su tercer hijo. Su hermana Margot fue con María y Alfonsito. Por último, Juanito viajó con su familia. Llevaban varios días de felicidad en la isla, pero tras recibir el año, doña María se había metido en la cama. El día 1 no quiso salir para nada. Por eso, el día 2 todos se acercaron a su habitación para saber cómo se encontraba. Aquello parecía una salita de visitas, pues la habitación de doña María estaba de camino al comedor. Tras la entrada de doña Pilar, llegó el turno de doña Margarita. Como su hermana, dio un beso a su madre y comenzaron a hablar. La infanta y la condesa de Barcelona se habían inventado un idioma secreto cuando la niña, después de nacer ciega, comenzó a balbucear. Era un sistema de intercambio y repetición de sílabas de distintas palabras con el que podían charlar sin que nadie las entendiera. Así lo hicieron esa mañana en Lanzarote, cuando hablaron sobre el tiempo y sobre los planes de ese día. Doña María no quería salir de la cama, pero los médicos le habían hecho un chequeo y estaba bien. También

Carlos Zurita, marido de la infanta y «médico de todos» desde su boda, le había tomado la tensión y había confirmado que presentaba buen aspecto. María estaba cansada y como a Lanzarote habían ido a descansar, nadie quiso obligarla, aunque a Pilar le costó no levantar a su madre de la cama para que compartiera tiempo con todos.

Habían llegado a la isla el 29 de diciembre y pronto se acostumbraron al ritmo lento y relajado de Lanzarote. Celebraron el fin de año juntos y doña María se metió en la cama para no levantarse más. Aunque nadie de la familia lo sabía. Por eso, la visitaban en su habitación con normalidad y charlaban con ella cuando se dirigían al comedor. Ese segundo día del año 2000, el presidente José María Aznar y su mujer, Ana Botella, iban a almorzar con los reyes en La Mareta, así que había más ajetreo que en las jornadas anteriores, cuando todo era informal y tranquilo.

A las dos menos cuarto de la tarde llegaron los Aznar. Saludaron a la familia y pasaron a un comedor aparte con los reyes, con quienes estuvieron hasta las dos y cuarto. Doña María, que había comido temprano, pidió que prepararan el cuarto para la siesta. Se encontraba cansada. Una asistente la ayudó a acomodarse.

Tal vez algo intuía doña María —«El día que yo me vaya estarán todos conmigo», había dicho días antes a sus amigas durante una merienda—, pues tuvo más prisa que nunca por echarse la siesta. Tal vez sabía el origen de su dolencia, porque un dolor continuo le atravesaba el pecho desde hacía varias horas. Pidió que no cerraran mucho la contraventana, que entrara luz del Atlántico.

El sonido de las olas se colaba en su habitación y se mezclaba con la voz de sus hijas, de sobremesa en el comedor de al

lado. En la intimidad no parecían familia real, nietas de Alfonso XIII y hermanas de don Juan Carlos. Había que ver las palabrotas que salían de la boca de doña Margarita y lo directa que era doña Pilar. Cómo discutían sin rodeos sobre cualquier tema y desmontaban el argumento del contrario sin dudar. Mientras intentaba dormir, doña María pensaba en las voces que llegaban del comedor. Siempre sostuvo que sus hijas eran dos cardos borriqueros, pero qué orgullosa estaba de ellas. Doña Pilar, tan moderna y adelantada. Se enfrentó a sus padres para que la dejaran estudiar enfermería y después consiguió casarse con quien quiso. Qué dura había sido la vida con ella, y cómo cuidó a su padre primero y a su marido después en la enfermedad. Había sacado a cinco chicos adelante sola y ahora por fin se dedicaba a lo que le gustaba y trabajaba.

«¡Será cabrón!». La expresión de doña Margarita distrajo los pensamientos de su madre. Era sin duda la que más tacos decía, la que más disfrutaba con todo lo popular. Cuánto miedo sintió la condesa de Barcelona cuando descubrió que su hija era ciega, y qué de lecciones le dio la pequeña durante su vida. Aprendió a ser independiente, siempre protegida por sus hermanos, especialmente por Alfonsito, ay, cómo se acordaba de él durante esos días de unión familiar. Quiso estudiar y lo hizo a escondidas. Aprendió idiomas y conoció el amor, pese a que sus padres daban por imposible que tuviera un novio. Era divertida, sociable y extrovertida como la que más, la mejor madre y la tía más querida por sus ocurrencias, Margot parecía no conocer el miedo. Doña María había criado dos hijas independientes, respetuosas con la Corona y leales, primero a su padre y luego a su hermano. Pero también había educado dos jóvenes disfrutonas de la vida, con buen paladar y olfato para distinguir lo bueno sin artificios.

Era irónico que siendo su marido, el conde de Barcelona, marinero, amante del mar, ella sospechara que su final fuera en el océano que tanto navegó con los suyos. A don Juan le habría gustado una muerte así. A orillas del mar, en calma, sin agonía y tras comer en familia. Una ligera sonrisa se dibujó en la cara de doña María. Ya no oía las voces de las hijas, tampoco el sonido del Atlántico ni el latido de su propio corazón. Y entonces expiró.

Pasó media hora hasta que alguien entró en la habitación de la condesa de Barcelona, conscientes de que nunca se echaba siestas tan largas. Doña María no reaccionaba, no tenía pulso. El doctor Zurita se acercó a ella, la intentó despertar. No había manera. Tampoco los médicos que viajaban con la familia. Solo pudieron certificar su muerte.

El silencio se alojó en la casa. Nadie sabía qué decir, comenzaron a llorar en torno al cadáver de la matriarca. Había muerto a las tres de la tarde. Quedaba tanto que deseaban haberle dicho antes de morir... y ahora no tenían consuelo.

El personal de la casa real se encargó de la organización, ayudados por Aznar, que se comunicó con Madrid para dar una noticia que nadie esperaba. Doña María había muerto. Don Juan Carlos y las infantas se habían quedado huérfanos. Las lágrimas surcaban sus mejillas sin consuelo posible. Acudió un sacerdote a ofrecer un responso. Tenían que volver a Madrid lo antes posible. Había que hacer maletas y arreglar a los niños. Y buscar ropa de luto, pues no podían aterrizar vestidos de *sport* como iban. El silente ejército que ayuda a la familia real lo dispuso todo. Ellos no hicieron preguntas, se dejaron llevar, como flotando a causa de la impresión por el fallecimiento de la madre. De un nuevo vacío.

«Se llama Pilar, como la patrona de España»

Cannes y Roma, 1936-1942

—**S**eñor, ha sido niña.
—La llamaremos Pilar, como la patrona de España.

La brisa del Mediterráneo ayudaba a calmar los nervios de un padre primerizo que en un despejado 30 de julio recibía el nacimiento de su primer hijo. Una niña con un futuro incierto. Llegada al mundo nueve meses después de su boda, nacida en el exilio. Nieta de reyes, hija de un príncipe sin trono al que acceder y destinada a ser infanta de España.

Corría el año 1936 y aquel bebé que convirtió en padres a don Juan de Borbón y María de las Mercedes llegó ajeno, como todos los recién nacidos, a los problemas que rondaban la cabeza de sus progenitores. Aquel día imperaba la alegría en la Villa Saint Blaise, el primer hogar del matrimonio Borbón y Borbón. Don Juan había esperado paciente a ser llamado para conocer a la niña. María de las Mercedes aguantó los dolores de parto, que comenzaron la noche antes, con entereza. Un médico, una matrona, su madre, Luisa de Orleans, y su suegra, Victoria Eugenia, acompañaron a María durante el parto.

La boda de don Juan con María surgió tras el apremio de su padre, Alfonso XIII, cansado de la disipada vida de soltero de su heredero. Le dio a elegir entre varias princesas tras asegurarse de que ninguna de ellas era portadora de hemofilia. Don Juan escogió a su prima María, apodada la Brava en la familia. Se conocían desde la infancia y habían convivido en el Palacio Real de Madrid. No se veían desde la proclamación de la Segunda República, cuando María se exilió con su familia a Cannes. Aun así, parecía la opción que mejor encajaba. «Elegí a la que menos me disgustaba», contaba sincero don Juan a sus amigos.

Así, tras un breve intercambio de cartas y una petición de mano formal, la pareja contrajo matrimonio el 12 de octubre de 1935 en Roma. A la boda no asistió la reina Victoria Eugenia, separada de Alfonso XIII. El rey, instalado en la capital italiana desde que le expulsaron de España, agasajó a los novios con una vuelta al mundo como regalo de bodas. La primera parada de la pareja fue en Estados Unidos. En la Costa Oeste, cuando no llevaban ni un mes casados, María comunicó a su marido que estaba embarazada y que intuía que su primer hijo nacería en el verano. La noticia cumplía pronto con los planes de cualquier matrimonio real: tener descendencia para asegurar la continuidad de la monarquía. Una vez terminado el viaje, y con María de las Mercedes en avanzado estado de gestación, decidieron instalarse en Cannes, donde vivía la abuela de la princesa. En la ciudad les prepararon una casa que cumplía con todas sus necesidades.

Fue el 8 de julio de 1936, a pocos días de salir de cuentas, cuando el matrimonio se mudó a Villa Saint Blaise. Se trataba de una casa amplia. Eligieron Cannes, porque estaban cerca de España, para cuando regresaran del exilio como herederos. El ansiado retorno a la patria parecía estar tan cerca como el parto

de la princesa. Sin embargo, ni el avanzado estado de gestación de María ni la mudanza a Cannes frenaron las labores del matrimonio como herederos de Alfonso XIII. Juan descubrió en los primeros meses de casados que había elegido a una esposa jovial, con energía y sin miedo a las adversidades que les esperaban como príncipes en el exilio. Lejos de querer interrumpir el viaje de novios, a María le divirtió visitar a Alfonso XIII en Londres durante el mes de junio como broche final al periplo alrededor del mundo.

Otra prueba de su carácter despreocupado fue la tranquilidad con la que buscó un hogar familiar. Se instalaron en Villa Saint Blaise a mediados de julio. Decoraron la vivienda con muebles que la abuela de la princesa, la condesa viuda de Caserta, les prestó. En las tres semanas que precedieron al parto, la residencia se adecuó para que funcionara a la perfección antes del alumbramiento. María —de veinticinco años— no tenía mucha idea de llevar una casa ni de organizar al servicio, por lo que los primeros días daba pocas órdenes a Petra, la doncella principal. El 13 de julio, los vizcondes de Rocamora llegaron a Cannes. Él, Juan Luis Roca de Togores, era el ayudante de campo de don Juan. Su mujer, Angelita Martínez Campos, se convirtió en pocos días en la dama de honor de María. Desde ese momento fue ella quien se ocupó de gestionar la logística de la vivienda.

Con la excusa de pasar unos días de veraneo en Cannes, la reina Victoria Eugenia se trasladó a la ciudad de cara al parto. Este hecho molestó a María, quien no tenía una relación cercana con ella. Sin embargo, la joven lamentó que su tío rey, Alfonso XIII, por evitar a su esposa, no pudiera estar en la ciudad cuando diera a luz. Un médico se acercaba las mañanas para controlar la evolución del embarazo de la princesa, quien seguía

sus consejos y procuraba caminar por el paseo marítimo y por la playa. Tras la visita del doctor, solía acercarse a la salita de estar anexa al despacho de don Juan. Ahí hablaba con su marido sobre los acontecimientos de España. El 17 de julio le notó especialmente contento tras despachar con su secretario.

—Señor, un grupo de militares se ha sublevado contra la República. Ha sido un regimiento destacado en Marruecos y entre ellos está Franco. Su vuelta a España está más cerca.

—Si van a luchar por mi vuelta a España, lo menos que puedo hacer es acompañarles.

Don Juan y su ayudante de campo tuvieron muy claro que la presencia del heredero de la Corona en la contienda que acababa de empezar era necesaria, pues no quería quedar como un cobarde. El príncipe contaba también con el apoyo de Alfonso XIII, que estaba de vacaciones en Checoslovaquia cuando su hijo se lo comunicó, y de su madre, que le aconsejó, no obstante, esperar al parto de María. Ella, que compartía los deseos de su marido por volver pronto a España como herederos, no hizo más que secundar a don Juan en sus planes de participar en la guerra que acababa de comenzar en España.

Pero el 30 de julio, por un momento, se olvidaron de la lucha que los sublevados en Marruecos llevaban a cabo para conseguir el desbloqueo y avanzar desde el protectorado hasta la península. Fue el llanto fuerte de un bebé una hora después del mediodía el que terminó con las estrategias políticas.

Don Juan tomó aire antes de que abrieran la puerta de la habitación donde su mujer había alumbrado a la niña. Tras cruzar la entrada, se encontró a su esposa en la cama. Aunque María estaba cansada y dolorida tras ocho horas de parto, la oxitocina y la luz del sol de julio que iluminaba la estancia le hacían tener un aspecto tranquilo y feliz. Tenía las mejillas arreboladas

y la sonrisa en la boca. «Está guapa», pensó don Juan al verla. A su lado, la reina Victoria Eugenia sostenía en brazos a la pequeña, una niña pelona y redonda. Pesaba casi cuatro kilos y la toquilla de algodón blanca en la que estaba envuelta dejaba entrever a una pequeña fuerte, de piel rosada y en la que pronto descubrirían un llanto vigoroso, preludio quizás de cómo iba a ser su carácter. Don Juan se acercó. Besó a María en la frente y anunció su nombre:

—Se llama María del Pilar, como la patrona de España. Y es igual que tú —le dijo a su mujer.

El príncipe tuvo tiempo para poco más. Tras elegir el nombre de su hija y admirarla unos minutos, una niñera pasó a por la recién nacida acompañada por un ama de cría que se ocuparía de alimentarla. María y Juan se quedaron unos instantes solos, algo que era poco frecuente para ellos.

—María, mañana me marchó a España, a luchar por la vuelta de la monarquía. Todo está preparado y organizado y el general Franco ya está avisado de mi llegada.



El 31 de julio de 1936, no sin antes hacer una breve visita a la pequeña Pilar para despedirse, don Juan partió junto a su conductor camino a España. Le acompañaban en el coche el infante José Eugenio de Baviera y el conde de Ruiseñada. En Cannes dejó a su mujer y su hija arropadas por Victoria Eugenia, quien mostró por el bienestar de la familia más interés del que en su día manifestó por la boda de su hijo. Un día después, el 1 de agosto, don Juan abrazó el anonimato. Se alistó en las filas del frente nacional bajo el nombre de Juan López. El príncipe estaba preparado para unirse a la contienda. Además, había oído

cómo su padre elogiaba al general Franco, por el que sentía un sincero afecto. La felicidad de luchar por España se vio empañada en poco tiempo. Cuando el general Mola conoció la presencia de don Juan, pidió que le expulsaran de España. Según algunos biógrafos, en un principio el príncipe se resistió, pero cuando intentaron arrestarle decidió acatar las órdenes militares, convencido de que los mandos sublevados harían lo mejor para la restauración de la monarquía. Otras versiones sostienen que don Juan sabía que no le dejarían participar en la guerra y que cruzó la frontera consciente de que su vida estaba protegida.

Para María fue una sorpresa recibir a su marido en casa a los pocos días de su partida.

—Los militares creen que no es aconsejable mi presencia en este momento de la guerra. María, yo pienso que tengo que estar con ellos, pero también debo ponerme a sus órdenes, aunque Mola parece republicano —confesó el príncipe a su mujer nada más volver a la villa.

—Bueno, tu padre confía en la palabra de Franco, recuerda que tienen una relación muy estrecha —le animó su esposa.

Aunque el príncipe había estado poco tiempo fuera, al volver, su casa poco tenía que ver con la de dos veinteañeros sin obligaciones familiares. En Cannes se encontró una residencia condicionada por los ritmos de un bebé que en dos días parecía igual de dormido que tras su nacimiento.

—Pilar se sigue pareciendo a ti, María, aunque tiene un perfil de mi familia —le dijo el príncipe a su mujer, que todavía guardaba cama, tras observar a la pequeña a su llegada.

Una vez terminó la cuarentena, el matrimonio comenzó su nueva vida como padres. Si por las mañanas don Juan se dedicaba a despachar con sus colaboradores para conocer los avan-

ces del frente nacional en la guerra, María estaba un rato con su hija y recibía a su madre y a su suegra en casa, que la acompañaban y le daban consejos de maternidad. Pilar, desde la cuna, siempre bajo la mirada de una niñera, recibía carantoñas en varios idiomas. La pequeña se criaba sana escuchando español, francés e inglés de manera indistinta. El matrimonio solía reunirse a la hora del almuerzo y, tras descansar un rato, salían a pasear con la niña. Los príncipes cerca del carro que generalmente empujaba Angelita o alguna de las *nannies*.

La vuelta del padre a casa fue la excusa perfecta para preparar el bautizo de la pequeña. Don Juan y María decidieron que se celebraría en la iglesia de Rins. Además, el príncipe quiso que su padre ejerciera como padrino.

—Lo haré encantado, hijo, pero tenemos un problema con tu madre, creo que sigue en Cannes acompañándoos, ¿no es así? —preguntó Alfonso XIII tras recibir la noticia. El rey no quería cruzarse con su esposa. Si ella le echaba en cara las numerosas infidelidades, él la consideraba una usurera que cada vez le pedía más dinero. Además, no entendía la relación de Ena con los duques de Lécera.

El día del bautizo, los príncipes estuvieron acompañados por las dos abuelas. Finalmente, Alfonso XIII fue padrino por poderes. La madrina sí estuvo presente, ya que eligieron a la madre de María de las Mercedes. La niña recibió la bendición y los nombres de María del Pilar Alfonsa Juana Victoria Luisa Ignacia de Todos los Santos. La pequeña no solo llevaba el nombre de la patrona de España, sino que también cumplió con sus padrinos, su padre y su abuela.

Sin embargo, poco duró la tranquilidad en la villa y los ecos de la contienda en España se colaban por la ventana. La participación del príncipe en la guerra fue corta, pero supuso

la excusa perfecta para que miembros del Frente Popular tomaran Villa Saint Blaise como punto de encuentro en las templadas noches de agosto. Animados por la brisa del mar, gritaban consignas antifascistas y contra la monarquía pegados a la reja que separaba a los príncipes exiliados de sus enemigos republicanos.

—Juan, ¿estamos seguros aquí? Por lo que me cuentas, la guerra en España parece prolongarse y tenemos un bebé en casa.

—Verás cómo la guerra dura poco, María. Además, aquí está tu madre y en cuanto bajen las temperaturas esta gente dejará de venir a molestarnos.

Aunque las manifestaciones cada vez se espaciaron más, los príncipes vivían preocupados por la seguridad de su hija, que se criaba ajena a todo, feliz y sana en su casa.

—Padre, no sé si podremos seguir en Cannes. María está preocupada porque puedan hacerle algo a Pilar —confesó don Juan a Alfonso XIII por teléfono.

Lo que debía ser una llamada rutinaria para comentar la marcha de la contienda se convirtió en una conversación de un hijo mostrando su desasosiego a su padre. Las noticias que llegaban desde España tampoco los animaban.

—Tal vez deberíais pensar en venir a Roma. Por un lado, unidos encontraremos la manera de obligar a Franco a restaurar la monarquía cuando acabe la contienda. Por otro, estaréis más seguros y os puedo ayudar.

Bastó esa conversación para que el príncipe comenzara a madurar la idea de una mudanza. María, que desde pequeña había sido educada para ser buena esposa y comprender a su marido, escuchó tranquila la idea de trasladarse. Le apenaba dejar a su familia, pero también sentía felicidad por poder estar cerca de Alfonso XIII, al que consideraba un segundo

padre para ella. Además, la garantía del Gobierno fascista de Italia de velar por la seguridad de la familia les ayudó a tomar la decisión.

Así, en septiembre de 1936, el matrimonio, acompañado por su hija de dos meses, llegó a Milán. Tardaron cerca de siete horas en alcanzar la ciudad italiana. Era una parada técnica antes de instalarse en Roma con Alfonso XIII. Se quedaron en una villa a las afueras de la ciudad y alargaron la estancia más de lo previsto. Realmente, como príncipes en el exilio, tampoco tenían mucho más que hacer. Les acompañaban los vizcondes de Rocamora y el personal de servicio español. No habían empezado a disfrutar de la vida en Milán cuando llegaron malas noticias para la familia. El 27 de septiembre, Carlos de Borbón Orleans, hermano de María, murió mientras participaba en la Guerra Civil.

Poco pudo hacer la princesa más que llorar a Carlitos en privado e intentar parecer serena en público. Era la esposa del heredero al trono y don Juan le dio un consejo que también enseñaría a sus hijos desde que comenzaron a tener madurez:

—Un Borbón no llora más que en su cama.

Así que pronto retomó la vida social que llevaba en Cannes. De vez en cuando, recibían la visita de Alfonso XIII, quien observaba feliz el crecimiento de la pequeña Pilar, cada vez más parecida a los Borbones, sobre todo su perfil. También intercambiaba con su hijo opiniones sobre el desarrollo de la guerra en España. Aunque los nacionales avanzaban, aún no habían logrado tomar Madrid y el norte permanecía fuerte y fiel a las fuerzas republicanas. Por otro lado, el rey y don Juan se sentían traicionados por Franco. Alfonso XIII había donado un millón de pesetas para ayudar a la contienda y le reclamó en una carta que mostrara algún avance para la restauración de la monar-

quía. El general, sin embargo, destapó sus cartas y le respondió que con su historial pasado veía muy complicado que pudiera volver a reinar en España. Una deslealtad que no hizo a la familia desistir en su deseo de restaurar la monarquía ni luchar por el fin de la República.

—Pero Franco ¿quién se cree que es? Siempre me ha tratado como el legítimo rey y ahora insinúa que debo renunciar a mis derechos —dijo en alto el monarca tras leer la respuesta del general.



Cuando Pilar cumplió nueve meses, su madre comenzó a sentir, de manera repentina, un cansancio que la obligaba a quedarse en casa por las noches. Don Juan volvió a acudir solo a cenas de parejas ya que su mujer necesitaba pasar gran parte del tiempo en cama. El médico de la familia no encontró el motivo de ese cansancio pese a los exámenes que le hizo y pensaron que se trataría de astenia primaveral, ya que estaban en mayo. La respuesta a su dolencia llegó apenas dos semanas después: María estaba embarazada de nuevo. Un bebé cuyo nacimiento se produciría, según los cálculos de la pareja, en febrero.

Este nuevo embarazo, sumado a la traición de Franco, convenció a don Juan de la necesidad de instalarse cerca de su padre, en Roma. Una vez María superó las molestias del primer trimestre y el verano dio paso al otoño, la familia puso rumbo a la capital italiana. Se instalaron en el hotel Edén, en el centro de la ciudad, donde cerraron varias habitaciones para ellos y sus ayudantes, incluyendo a Petra, criada de la princesa, y a Luis Zaplana, el asistente de don Juan. Fue una estancia breve, ya que Alessandro Torlonia, marido de Beatriz de Borbón y cuña-

do de los príncipes, les ofreció un apartamento de ciento sesenta metros cuadrados en el palacio familiar.

La propiedad, en la Via Bocca di Leone, era uno de los palacetes más importantes de Roma. Allí se instalaron los príncipes con la pequeña Pilar, que ya comenzaba a gatear. Sin embargo, el generoso ofrecimiento del cuñado italiano se convirtió en un incómodo regalo del que se dieron cuenta según dejaron las maletas en la puerta del apartamento. Era una casa en un estado prácticamente ruinoso. Ni sus grandes ventanas ni sus estancias con techos de casi cuatro metros de altura lograban disimular las deficiencias del edificio. Amueblado y plagado de obras de arte, no estaba bien aislado contra el frío y el olor a humedad era constante.

—Juan, ahora estamos en otoño, pero no sé qué vamos a hacer aquí en invierno y con un nuevo bebé —le decía María a su marido.

—Mujer, los niños se harán fuertes si crecen sin calefacción y la humedad que se cuele en casa los días de lluvia ayudará a sus pulmones y a nosotros nos recordará los veranos de la familia en Santander —le contestaba don Juan para tomarse con humor la precaria situación.

Los príncipes aguantaron con su hija en esa casa hasta que llegaron las primeras lluvias y con ellas, las goteras. Las filtraciones de agua eran tales que don Juan y María tuvieron que ingeniárselas para pasar la primera noche de tormenta: a Pilar la cambiaron a una habitación que parecía la más seca de la casa y ordenaron a una niñera que la vigilara toda la noche, pendiente de que el agua no llegara a mojar a la pequeña. Ellos, que vieron cómo las goteras caían sobre su cama y no la podían cambiar de sitio, decidieron meterse en ella con chubasqueros y paraguas para protegerse de la humedad. Cuando Alfon-

so XIII llegó a la vivienda y vio la situación, dio un ultimátum a su hijo:

—No puedes tener a tu familia así. Agradece a Alessandro su generosidad y mañana os marcháis de aquí.

Con la ayuda de Alfonso XIII, el matrimonio encontró una casa en el número 112 del viale dei Parioli. Se trataba de Villa Gloria, un edificio de cuatro plantas situado en la zona norte de la ciudad, a escasas manzanas del río Tíber y que era propiedad del cantante de ópera Titta Ruffo. Desde allí, don Juan se trasladaba a diario a despachar con su padre y a buscar la manera de presionar a Franco para que, con ayuda de los monárquicos que también ejercían su influencia desde España, reconsiderara la vuelta de los Borbones al trono. Mientras esto sucedía, Pilar, una niña rubísima de un año de edad, ya caminaba y disfrutaba de su día a día con sus cuidadoras. En su casa seguían hablándole en español, el único idioma que don Juan permitiría utilizar con sus hijos en familia. Además, escuchaba el italiano. La princesa pidió a la vizcondesa de Rocamora que buscara a dos niñeras que se encargaran de una manera más seria de la educación de Pilar y de los hijos que fueran llegando. María, por su parte, disfrutaba de un embarazo sin sobresaltos, tanto que su marido le volvió a proponer marcharse a participar en la Guerra Civil.

—María —dijo la noche del 7 de diciembre mientras cenaban juntos y en solitario, algo que era poco frecuente por su ajetreada vida social—, he escrito al general Franco una carta. Me he presentado como voluntario para embarcar en el crucero *Baleares*. Antes de que pueda decirme que no, le he prometido que no pisaría ningún puerto español y que no recibiría visitas en el buque, además le he recordado mi formación militar como marino.

Una vez más, la princesa entendió a su marido y los motivos que le llevaban a querer intervenir en la Guerra Civil española. Sin embargo, Franco acabó con sus aspiraciones pronto y denegó la autorización de su regreso a España. El general cada vez tenía más claro que, antes de la restauración de la monarquía, seguiría adelante con sus planes. Y así llegaron las Navidades de 1937, con María embarazada de siete meses y alejada de la vida social.

Se encontraba bien, tanto que animó a su marido a participar en una montería a las afueras de Roma. Se trataba de una invitación para cazar durante los primeros días de enero.

—Márchate tranquilo, el médico dice que me quedan tres semanas para el parto, además mi madre va a venir pronto a Roma, estoy con tu padre y tu madre también va a instalarse en la ciudad —le dijo la princesa a don Juan, convencida de que unos días de asueto le vendrían bien para no pensar tanto en la vuelta a España.

Así, el heredero se preparó y dejó a su mujer entretenida ultimando las compras de los regalos de Reyes de la familia. Pilar tenía dieciocho meses y empezaba a entender cuando le compraban algo, así que la visita de los Reyes Magos este año sería muy especial para la familia.

—María, voy a ir al cine esta tarde, ¿quieres acompañarme?

A la princesa le encantó la propuesta de su suegro, a quien cariñosamente llamaba tío rey. Así que el 4 de enero acudieron a una proyección en Roma. Fue a mitad de la película cuando la esposa de don Juan comenzó a sentir dolores de parto. Aunque preocupada porque no contaba con el alumbramiento hasta principios de febrero, aguantó hasta el final de la proyección para acudir al Hospital Angloamericano.

—Creo que estoy de parto —le dijo a su suegro, intentando mantener la calma—. Vamos al hospital y avise a Angelita para que localice a Juan —pidió.

Así lo hizo Alfonso XIII. Desde la residencia familiar, Angelita descolgó el teléfono y recibió la noticia del próximo parto. La dama de honor de la princesa envió un telegrama a don Juan: «*Bambolo natto*», escribió. Cuando el príncipe lo recibió, condujo apresurado para reunirse con su esposa.

A la llegada al hospital, don Juan se encontró con su padre, quien sostenía en brazos a un niño chino.

—Te presento a tu hijo —dijo con tono de broma mientras devolvía el niño a su verdadero padre.

Ese gesto sirvió para que el príncipe se relajara después de su apresurada llegada a Roma. A continuación, Alfonso XIII pasó a mostrarle a su verdadero hijo: un niño rubio y diminuto. Por su condición de prematuro, pesó algo más de dos kilos y, a diferencia de su hermana, nadie le encontraba ninguna gracia. «Se llamará Juan», eligió el príncipe, algo que aprobó María de las Mercedes. A las pocas horas del parto, la princesa y el pequeño abandonaron el hospital para continuar con su recuperación en casa. Al llegar a la vivienda, María pidió ver a Pilar. La niña estaba perfectamente arreglada y disfrutando de los regalos que le habían traído los Reyes Magos cuando le comunicaron la llegada de su hermano. A pesar de la vida en el exilio, la pequeña recibió varios obsequios, unos comprados por su madre y otros por el abuelito, a quien le hacía mucha gracia aquella niña rubia tan parecida a la familia.

Don Juan acudió a buscar a su hija mayor a la habitación donde jugaba. Tras cogerla en brazos, la llevó hasta la estancia donde estaban María de las Mercedes y el pequeño.

—Mira, Pilar, este es tu hermano y será rey de España —le explicó su padre.

La pequeña, de apenas año y medio, observó con curiosidad al niño, que le pareció un regalo más de Reyes. Le intentó agarrar una de sus pequeñas manos, le tocó la cara y, cuando ya se empezaba a animar para seguir toqueteándolo, su padre la cogió de nuevo en brazos y pidió a una de las criadas que la llevara a su habitación. Pilar recordaría años después que el hecho de que Juanito fuera el primer descendiente varón marcó desde ese primer encuentro la diferencia en educación y trato de los pequeños: una infanta y un futuro heredero al trono.



La vida en la casa de Roma transcurría con la normalidad de cualquier familia acomodada de la época. Con el nacimiento de Juanito y con Pilar en una edad de aprender modales, la vizcondesa de Rocamora, a petición de María de las Mercedes, comenzó a buscar institutrices para los niños. Pidió referencias entre el círculo de amistades que tenían, Alfonso XIII también se informó de quiénes serían las mejores candidatas y, por último, la reina Victoria Eugenia opinó que deberían proceder de Suiza, país que ella conocía perfectamente.

—La mejor educación está allí, además podrán hablar a los niños en varios idiomas y enseñarles modales —opinó en una reunión en la casa familiar.

Aunque su relación con Alfonso XIII era mala, con la llegada de los nietos y la mala salud del rey cada vez pasaba más tiempo en la capital italiana, donde buscaba en vano un acercamiento con su exmarido.

Tras escuchar todas las opiniones y después de varias entrevistas, la vizcondesa se decidió por dos institutrices.

—Señora, me gustaría que conociera a las candidatas que he encontrado para educar a los niños —le dijo un día a María de las Mercedes tras hacer ella la primera criba.

—Confío totalmente en tu criterio, Angelita, quien te guste a ti está bien —dijo la princesa, que nunca mostró un especial interés por las tareas más incómodas de la maternidad.

Así, la dama de honor de la reina contrató a *mademoiselle* Modou y *mademoiselle* Any, quienes empezaron a supervisar los modales de Pilar y Juanito, a estimular su psicomotricidad y a reforzar su conocimiento de francés e italiano. La corte de la familia del príncipe cada día crecía más. A las criadas, los Rocamora y las institutrices se unió Ramón Padilla. Designado por Franco, en 1938, fue nombrado secretario personal de don Juan.

Con las dos institutrices en casa, la vida de los niños tomó una rutina más seria. Los pequeños comenzaban el día desayunando en torno a las ocho de la mañana. Cuando les arreglaban, pasaban a dar un beso a sus padres. Después se concentraban en su aprendizaje. Mientras don Juan despachaba con sus colaboradores y con Alfonso XIII, y su madre acudía a distintos compromisos, los pequeños quedaban a cargo de sus institutrices. Ellas les enseñaron los colores, a contar, canciones infantiles... De las tareas domésticas, como vestir a los niños y prepararles la comida, se encargaba otra parte del servicio de los príncipes. Después de comer y descansar un rato, la familia salía de paseo.

María había comprado un carrito gemelar en el que iban los hermanos, aunque a Juanito le llevaba muchas veces su padre en brazos. A menudo las salidas vespertinas terminaban con una visita al abuelo Alfonso XIII, que disfrutaba mucho de sus nietos. El rey se descubrió como un gran cuentacuentos y narraba a Pilar historias de España. La niña conoció su patria gra-

cias al abuelito, quien mezclaba fantasía y realidad en sus relatos sobre su país.



Así llegó el verano de 1938, Pilar cumplió dos años. Seguía siendo una niña rubia, de tez blanca y cuerpo robusto. Se criaba sana y ya empezaba a decir algunas palabras, para deleite de sus padres, que observaban divertidos cómo la pequeña mezclaba varios idiomas en las frases que articulaba. Su hermano, de seis meses, había cambiado el aspecto escuchimizado con el que nació y se había convertido en un niño rubio, de ojos pardos y muy sonriente. Empezaron incluso a tomarle fotografías, algo que tras el parto no quisieron porque no era un bebé muy guapo. La familia se instaló en una casa en el pueblo italiano de Fregene alquilada por Alfonso XIII. Allí Pilar y Juanito bajaban a diario a la playa. La niña incluso jugueteaba con las olas de la orilla. Los pequeños broncearon sus pieles blancas y su pelo se doró con el sol del Mediterráneo.

Ese estío, María de las Mercedes se quedó encinta de nuevo. Volvió el cansancio del primer trimestre, agudizado por el calor propio de la época. La rutina de la familia Borbón y Borbón y la normalidad de sus días solo se veía perturbada por la impaciencia creciente de Alfonso XIII y don Juan por regresar a España y participar en la guerra. Su enfado con Franco cada día crecía más. De hecho, padre e hijo no podían evitar hablar del tema incluso en las tardes familiares que pasaban en los jardines del palacio de los Torlonia, adonde acudían para que los niños jugaran con sus primos.

—¡Como sigamos así me voy a presentar allí el mejor día!
—exclamó una de esas tardes Alfonso XIII.

Su hijo, que entendía la zozobra del monarca, se veía obligado a frenarle, convencido de que cuando finalizara la contienda Franco les llamaría para restaurarles en el trono, no por su propia voluntad, sino por la presión de los monárquicos. Pese a compartir el deseo de su padre, don Juan empezaba a comulgar con la idea de algunos seguidores dinásticos. Quizá si Alfonso XIII abdicara en su favor, habría alguna posibilidad de que la monarquía regresara a España. Este pensamiento se disipaba rápido, ya que era un tema que no podía tratar con su padre porque se negaría a hacerlo.

Sin perder aún la esperanza por regresar, María volvió a notar, una vez más, los dolores de parto que tan bien conocía. Era 5 de marzo y al tratarse de su tercer hijo la princesa apenas pasó unas horas de dolor antes del alumbramiento. María acudió de nuevo al Hospital Angloamericano, el mismo donde había nacido Juanito. Don Juan esperó a las puertas del paritorio las noticias. Un vigoroso llanto de recién nacido fue la primera confirmación que tuvo de que todo iba bien.

—Señor, es una niña.

La misma frase, pronunciada tres años después del nacimiento de Pilar, le llevó a emocionarse de nuevo antes de entrar a conocer a la pequeña. La niña nada tenía que ver con Juanito. Tenía grandes mofletes, bastante pelo y una imagen lustrosa.

Al tratarse de una nueva niña, doña María decidió llamarla Margarita, un nombre familiar por las dos ramas. Por un lado, Victoria Eugenia tenía en su ascendencia a Margarita de Escocia. Por otro, Luisa de Orleans, la abuela materna, quería celebrar su onomástica el día de Margarita de Alacoque, una santa francesa. Finalmente, doña María, para no quedar mal con ninguna de las abuelas decidió que el santo de su hija se festejaría el día de Margarita de Antioquía.

A las pocas horas del nacimiento, la familia volvió a casa y, al contrario que tras el parto de Juanito, decidieron inmortalizar el momento.

—María, a esta niña la tienen que conocer los españoles. Tienen que saber cómo será la futura familia real para cuando volvamos. Hagamos una foto —dijo don Juan.

El retrato fue enviado a los diarios nacionales y el 8 de marzo, dos días después del alumbramiento, salió publicada la fotografía en *ABC*. Pasada una semana, Margarita fue bautizada en la iglesia de Montserrat de Roma. Acudieron sus cuatro abuelos a la ceremonia en la que, por deseo de sus padres y en alusión al fin de la Guerra Civil, recibió los nombres de Margarita María de la Victoria Felicidad de Borbón.

Mientras, Franco iba afianzando su posición. Y parecía divertirse dando falsas esperanzas a la familia real. Así, el 21 de diciembre de 1938, obligó a los periódicos a publicar el texto íntegro de una «ley reparadora y justa» a través de la que devolvía a Alfonso XIII y sus descendientes sus derechos de ciudadanos españoles y se les restituía su patrimonio. Siete años después de que la República hubiera acusado al rey de alta traición, Franco le reconocía sus derechos, pero sin permitir su regreso a España. Por su parte, en abril de 1939, Alfonso XIII y don Juan enviaron al general sendas felicitaciones por su victoria en la guerra.

Como los anteriores hijos de los príncipes, Margarita había nacido sana y gozaba de buen apetito en las tomas. Pronto empezó a sonreír ante las carantoñas y las muestras de cariño. Sin embargo, cuando la pequeña contaba dos meses de edad, aunque tan sonriente como siempre, se mostraba menos receptiva que sus hermanos ante los estímulos visuales. Algo pasaba con Margarita. Una niñera le comentó a doña María que la pe-

queña no seguía el sonajero con la vista cuando se lo ponían delante. María no le dio importancia, pero desde ese momento comenzó a cogerla más en brazos y a prestar más atención a sus movimientos. Después de varias semanas, la princesa se atrevió a exteriorizar los pensamientos que le atormentaban. Fue en la intimidad, ante su dama de honor, que era además su confidente. Las dos señoras estaban en la habitación de la niña, María de las Mercedes la sostenía en brazos y sin atreverse a mirar a su interlocutora, con la vista fija en su pequeña, pronunció las palabras que le rondaban la cabeza.

—Margarita nunca se mira las manos, es como si no sintiera curiosidad, ¿no es extraño?

Entonces, María, educada para soportar el sufrimiento en silencio, tomó las riendas de la situación con Angelita. Al día siguiente la llevaron a un especialista.

No hubo que esperar mucho para el diagnóstico de los médicos. Margarita era ciega, aunque podía distinguir algunas sombras. La noticia supuso un gran disgusto en la familia. María de las Mercedes, como cualquier madre, vivió con desvelo los primeros meses tras el diagnóstico. Sin embargo, el hecho de que los médicos no supieran con certeza cómo evolucionaría la enfermedad le hizo aferrarse a esa esperanza. ¿Estaría sumida para siempre en la oscuridad total? ¿Aparecería algún remedio para sus pequeños ojos, esos que estaban abiertos cuando despertaba, pero inertes ante la vida? Ningún médico podía darle una respuesta concluyente, por lo que la princesa decidió seguir visitando especialistas.

¿Cómo vamos a educarla? ¿Cómo se desenvolverá en el mundo? Los días pasaban y, tras el disgusto inicial, María decidió que su hija lograría ser independiente. Es curioso cómo Margarita despertó en su madre un instinto de protección ma-

ternal que la princesa no sintió con sus anteriores hijos, de los que se ocupaban más las *nannies*. Lo primero que hicieron tras recibir el diagnóstico y sobreponerse fue llamar a los hijos mayores, que entonces contaban con tres años y quince meses.

—Pilar, Juanito, vuestra hermana tiene un problema en los ojos y no puede ver. Vosotros sois sus hermanos mayores y deberéis ayudarla cuando tenga dificultades.

Los niños no entendieron mucho la explicación, ya que a su lado veían a un bebé que dormía plácidamente.

Con el paso del tiempo, aunque sin perder la esperanza de que Margarita se recuperase de su ceguera, la familia fue aceptando la noticia y encontraron en la buena salud de la niña el consuelo necesario. La pequeña crecía sana y sin ningún retraso motor, más allá de las dificultades propias de una persona con su minusvalía. Sus padres contrataron a Celina, una niñera con formación para cuidar a invidentes. Además, María le enseñaba distintos juguetes y pasaba largos ratos con su hija. A los seis meses ya aguantaba sentada y con un año ya daba sus primeros pasos, siempre bajo la supervisión de sus niñeras —que velaban para que no hubiera ningún objeto con el que se pudiera tropezar—, y sus padres, que decidieron dar a Margarita una educación igual a la de su hermana Pilar. A la niña la estimulaban a través del tacto y del oído.



Por aquel entonces, Pilar ya hablaba con fluidez español, francés e italiano. Sin embargo, no distinguía bien en qué idioma se dirigía a sus familiares, por lo que los iba mezclando. Lo mismo le pasaba a Juanito, que con dos años empezaba a jugar con su hermana. Los niños seguían ajenos a los problemas políticos